

El llamado de Abraham y su fe en Dios

Por fe, Abraham, al ser llamado a ir a un lugar que más tarde recibiría como herencia, obedeció y fue, aunque no sabía adónde iba.

Por la fe habitó en la tierra prometida como un extranjero en tierra extraña; vivió en tiendas de campaña, al igual que Isaac y Jacob, quienes fueron coherederos con él de la misma promesa. Porque esperaba la ciudad con fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.

Por la fe, Abraham, a pesar de su avanzada edad —y de que Sara era estéril—, pudo ser padre porque consideró fiel a quien le había hecho la promesa. De este único hombre, que ya estaba prácticamente muerto, surgieron descendientes tan numerosos como las estrellas del firmamento y tan incontables como la arena de la orilla del mar.

Todas estas personas seguían viviendo por fe cuando murieron. No recibieron lo prometido; solo lo vieron y lo recibieron de lejos. Y admitieron ser extranjeros y forasteros en la tierra. Quienes dicen tales cosas demuestran que buscan una patria propia. Si hubieran pensado en el país que dejaron, habrían tenido la oportunidad de regresar.

En cambio, anhelaban una patria mejor, una celestial. Por eso, Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios, pues les ha preparado una ciudad.

Por la fe, Abraham, cuando Dios lo puso a prueba, ofreció a Isaac en sacrificio. Él, que había recibido las promesas, estaba a punto de sacrificar a su único hijo, a pesar de que Dios le había dicho: «Tu descendencia será contada por medio de Isaac».

Abraham razonó que Dios podía resucitar a los muertos, y figuradamente hablando, rescató a Isaac de entre los muertos. (Hebreos 11:8-19)